



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11057

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extras.
e.o.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 18 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 15 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en létras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimirta
81; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DIEZ Y SEIS MIL ENFERMOS

Dimos anteayer la noticia de que por el Capitán general del distrito se había interesado de las autoridades militares y civiles la busca de locales susceptibles de ser convertidos en hospitales, para alojar dos mil enfermos que se han de repatriar de Cuba y que son hijos de esta región.

Ojeando ayer los pocos periódicos que recibimos en el cambio, leímos en uno de Sevilla una excitación idéntica. También pide allí el Capitán general de Andalucía locales para albergar dos mil enfermos andaluces que han de llegar de las Antillas.

La excitación tiene, pues, carácter general. El gobierno prepara la repatriación de las tropas de Cuba y Puerto Rico, y contando con el contingente de enfermos que hay en aquellos hospitales, prepara en la península albergue para todos y cree que atenderá á todas las necesidades estableciendo hospitales militares para dos mil enfermos en cada región.

Hay cálculos que excitan la fantasía de una manera poderosa. Hay otros cálculos que deprimen el ánimo predisponiéndolo á la tristeza. Este de los enfermos de Cuba es de los últimos.

En ocho regiones militares se divide la península española; y como en cada una se disponen locales para dos mil enfermos, son diez y seis mil los que vendrán de Cuba y Puerto Rico.

¡Diez y seis mil! ¡Qué enorme cifra! ¡Y aún habrá que aumentaría con los que enfermen en el viaje por las malas condiciones en que son repatriados! Es verdad que ese aumento tendrá una compensación dolorosa: la de los infelices que se vayan quedando en el viaje, marcando con sus cuerpos el fúnebre camino que va de España á Cuba.

¡Cómo volverán á la patria esos soldados infelices! Seguramente peor que los del «Alicante» y los del «Isla del Luzón». Estos cumplieron cinco días de cuarentena y marcharon á sus casas; los otros, los que han de venir, los diez y seis mil enfermos que se han de repatriar en los locales preparados, en los cuales han de curar las enfermedades que padecen, deben venir remalados. Si los del «Alicante» se iban á sus casas muriéndose porque estaban buenos ¿cómo vendrán estos otros que traen la salud perdida?

Pensando en estas cosas, que oprimen el espíritu, se llega á comprender lo que hasta ahora aparecía incomprendible: que una gran parte de los españoles, tal vez la mayoría, permanezca indiferente á la pérdida de Cuba.

Las desdichadas familias cuyos déudos murieron en la guerra ¿qué han de tener cariño á aquella tierra inhospitalaria y traicionera que causó la muerte de los suyos! ¿Cómo han de querer á Cuba las diez y seis mil madres de los diez y seis mil soldados que se esperan para llenar los hospitales que se están preparando á toda prisa? Y los padres de esos soldados ¿lamentar la pérdida de la colonia? ¿Y los hermanos? ¿Y las novias? ¿Y las familias?

Cien mil víctimas nos ha costado la campaña. Un millón de españoles ha llorado la pérdida de esos seres y viste luto por ellos. ¿Cómo se ha de afligir España por la pérdida de Cuba si hay un millón de sus hijos que la recuerdan con enojo!

En medio de las desgracias que nos afligen notáse en el país indiferencia censurable; pero no hay que olvidar que á través de las diversiones á que los indiferentes se entregan, hay un sedimento de amargura que no sube á la superficie.

TIJERETAZOS

Ha ocurrido con esto de las tormentas lo que tenía que ocurrir. Apenas se ha presentado una nube en el horizonte, echando chispas y arrojando agua, se han disuelto las vías y se han ochado á rodar los alambres del telégrafo abandonándose á la corriente.

Es un primer esto de que no puede llover sin que los pasajeros corran el peligro de quedar estancados en el camino y los demás mortales incomunicados con el resto del mundo.

Pero nos queda un consuelo: Que cada vez que llueva ocurrirá lo mismo.

Lo más raro que tiene eso de la paralización de trenes, por causa de la lluvia, es que cuando el agua se lleva un terraplén y queda un convoy á la parte de allá del corte, quedamos incomunicados también con la parte de acá.

Eso sucedió anteayer.

Quedamos incomunicados con Agramont y no recibimos ni una sola carta de Muroia, ni de Lorca, ni de Alicante, ni siquiera de la Palma.

Y es que en España las incomunicaciones son absolutas. Si se rompe la vía por Obonilla, quedamos incomunicados con el Alcazar.

GLORIAS NACIONALES

Sorpresa de Palamós.

14 de Septiembre de 1810.

El brigadier español Don Honorato Fleyres, cumpliendo las órdenes que recibió del general O'Donnell, cuando éste lo destacó con dos batallones y 60 ginetes para que cayera sobre San Feliú de Guixol y Palamós, en tanto que él con el resto de la división Campoverde marchaba contra La Bisbal, á poco de salir de Pineda, dividió en dos columnas su fuerza, y entregando el mando de una de ellas al teniente coronel don Tadeo Alda, le ordenó se encaminara á Palamós, del cual había de apoderarse á viva fuerza.

Forzando nos veces la marcha y ca-

minando otras por lugares extraviados, á fin de evitar encuentros con fuerzas superiores y que el enemigo se apercebiera del itinerario que llevaba, la columna del teniente coronel se dirigió á llenar su cometido, llegando á las cercanías de Palamós á las once de la noche del 14 de Septiembre de 1810.

Guardando las precauciones necesarias para que los franceses no se apercebieran de lo que se preparaba, todos los soldados, Alda á la cabeza de ellos, asaltaron el recinto en la madrugada del día 15, y esparciéndose sigilosamente por el pueblo, sorprendieron á toda la guarnición, que hicieron prisionera, sin tener que librar lucha de importancia.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

NOSOTROS

A TI

En el camino del mundo nos hallamos por azar. Yo á la izquierda me dirijo, tú hacia la derecha vas.

Los dos, por distintos sitios andábamos sin cesar, en tí yo pensando siempre, tú pensando en mí quizá.

Corrió el tiempo, y cada vez nos separábamos más. Tú te acordabas de mí, yo no te olvidé jamás

Tú con los tuyos vivías en coloquio celestial. Yo, aun anhelándolo siempre, no logré vivir en paz.

Solo cuando de tus ojos pude la luz contemplar, vi, en medio de negras sombras, un rayo de claridad.

Pero tú hacia la derecha incesantemente vas, mientras que la izquierda tengo yo por rumbo natural.

¡Qué tormento! ¡qué desdicha! ¡qué sarcasmo! ¡qué crueldad!

¡Juntos Nosotros... el Cielo!
¡Y juntos no hemos de estar!

Un día, dichoso día que no olvidaré jamás, tomamos opuesto rumbo los dos en momento igual.

Como anduvimos á prisa caminando hacia detrás, al poco nos encontramos del camino á la mitad

Me miraste, y en tus ojos hallé, por fin, mi ideal; en tanto que tú mi alma conseguiste arrebatarse

Y no es mucho, desde entonces, que alguien diga en puridad que hemos perdido tú y yo las almas. ¡Es natural!

La tuya guardo en mi pecho. En el tuyo la mía está... Y sólo la Providencia que es muy sabia, ha de lograr la unión de nuestras dos almas... que es nuestra felicidad!

LA EMPERATRIZ DE SIBIRIA

Príncipe y baronesa.

Hace ya muchos años de esto, que más que historia parece un cuento de hadas.

Un joven, vestido con lujoso traje de cazador y con la escopeta al hombro, llegó, próxima ya la caída de la tarde, á las orillas de un lago, al que prestaban marco soberbio, montes alpestrales cubiertos de flores y arbustos.

En medio del lago se mecía una barca, y en ella una joven contemplaba la hermosura del paisaje.

Era bellísima, alta, esbelta, aunque robusta, con los brazos muy desarrollados, por más que su mano era tan fina como breve, y unas largas trenzas de oro adornaban de un modo soberbio su traje de aldeana.

El cazador no era un hombre vulgar. Era un gran señor, un príncipe que iba á ser presentado á su futura, á quien

en Madrid en Puerta de Moros, es hija natural del rey don Carlos II.

—Voy á probar si seis real conmigo: ¿quién conoce á esa joven como hija natural del difunto rey?

—La conocía el difunto almirante de Castilla don Juan Tomás Enriquez de Cabrera, contestó sin vacilar el capuchino.

—¿Y quién más? preguntó la princesa.

—Nadie más, porque la otra persona que la conocía era el marqués de Castroviejo, y ha muerto.

—¿La conocía vos?

—No señora.

—¿Sabéis la historia de los amores del rey don Carlos II con la madre de esa joven?

—Si señora, contestó de una manera decidida fray José.

—Me parece que comprendéis que os importa tenerme contenta, y os felicito por ello; pero no os detengáis, pades guardian, no vacileis; sed completamente franco.

—A la verdad, señora, dijo el capuchino sacriendo, que no podéis quejarse de mí.

—De seguro: procurad pues que no tenga motivo de quejarme: voy á haceros una observación: el rey don Carlos II era muy tímido, muy débil, hasta el punto de que no tenía fuerza ni aun para amar:

no se cuentan de él como de otros reyes aventuras galantes; no tuvo hijos de su mujer, y es de presumir que no los tuvo de nadie, á pesar de esa declaración en que el rey reconoce por hija suya natural, y de una alta dama cuyo nombre se calla, á doña Esperanza de Ayala: el rey debió ser sorprendido porque á alguno de sus allegados interesase hacerle creer que doña Esperanza era hija suya.

—Me vald á obligar á que rompa el siglo de la confesión, dijo el padre José.

—Cuando se trata de altos intereses de Estado, no hay sigilo, padre guardian: á mas de eso, que yo os guardaré como una tumba el secreto que me conféis

—Sentémonos, señora, dijo el guardian deteniéndose en una glorietta, junto á un banco rústico de madera, porque veo que os cuesta fatiga el andar.

—Si, contestó la princesa sentándose: aún no he descansado bien de mi largo viaje ni descansaré en muchos días.

El guardian se sentó al lado de la princesa.

La luna los iluminaba de frente.

A aquella luz, la princesa estaba bellísima, parecía mucho mas joven que otras veces.

dos hombres, despues de haber salido los cuales se cerró el postigo.

El marqués dejó su acobardero y á cierta distancia siguió á la silla de manos y á los cuatro hombres que la escoltaban.

La silla tomó el camino del puente de Segovia; llegó á él, le pasó, torció á la derecha, se detuvo á lo largo de la Real Casa de Campo, y un poco adelantada mas allá se detuvo delante de una quitada situada en medio de una arboleda, sobre la margen derecha del río.

La silla de manos entró por un postigo de aquella casa, que se abrió sin que nadie llegase á verlos: los cuatro hombres que hasta allí habían acompañado la silla de manos se quedaron fuera de la casa.

Si el frío de aquella noche era tan impetuoso, si la lluvia que caía de una nebulosa, impidieron que el marqués de Castroviejo observase á su observación.

Mejoró silenciosamente entre los árboles, y oportunamente la oscuridad le permitió el paso de un viaje á mano desde donde se veía el postigo por donde había entrado la silla de manos, y que si no le preservó del frío, se lo disimuló evitando la impresión del viento y de la lluvia.

Castroviejo sabía demasiado que el secreto de un